
a favor de la sociología, aunque sea una ciencia que moleste

césar germaná

Cuando acepté la invitación de los organizadores del III Congreso Nacional de Sociología para desarrollar una conferencia sobre el enmarañado tema de la *Sociología como ciencia y profesión* tuve una doble aprensión. Por un lado, el escaso tiempo del que disponía para preparar una ponencia lo suficientemente madura¹. Por otro, las dificultades propias de un asunto del que no tengo opiniones definitivas aunque sí estaba consciente de que algunas de mis convicciones discrepaban en puntos fundamentales con el sano sentido común de muchos sociólogos.

Sin embargo, por el debate suscitado alrededor de las ideas que propuse, tanto entre los participantes del Congreso como en colegas que han leído posteriormente el texto de la exposición, no puedo sino felicitar me por haberme lanzado a esta audaz empresa. Al examinar los comentarios de mis críticos, más allá de lo acertado o injustificado de las tesis que sostienen, creo que todos ellos comparten conmigo la preocupación por dilucidar la situación actual y las perspectivas que se le abren a los sociólogos y a la sociología. Este fue, precisamente, el objetivo de mi exposición: problematizar la sociología. Frente al buen sentido de numerosos sociólogos para quienes la sociología es una disciplina bien establecida, en la que los estudiantes pueden instalarse cómodamente y a la que le faltaría sólo el espaldarazo del *establishment* (para lo cual tendría que llevar a cabo la inviable proeza de convertirse

¹ El conferencista inicialmente programado era Guillermo Rochabrún, quien lamentablemente no pudo asistir al Congreso; digo que fue lamentable su ausencia porque si él hubiese participado, ahora, tal vez, me tocaría desempeñar el más cómodo papel de crítico.

«en un interlocutor reconocido de la sociedad y del Estado», como dice Guillermo Rochabrún²), he intentado sacar a luz —y en este sentido poner en cuestión— los elementos que constituyen la ciencia y la profesión del sociólogo para su examen. De esta manera, me he esforzado por abandonar la difundida imagen de una pretendida «neutralidad» y «objetividad» de nuestra disciplina. En breve, he procurado contribuir al desencantamiento de la sociología con la esperanza de que el debate sobre su actual situación posibilite el surgimiento de perspectivas capaces de afrontar las rudas realidades del presente.

De entrada, me gustaría disipar un equívoco subyacente en los comentarios de algunos de mis críticos. Se trata de la errónea impresión de ver en la firme defensa de mis puntos de vista el rechazo dogmático a ideas o propuestas diferentes de las mías. Nada más alejado de mi manera de pensar, por ejemplo, la suposición de Telmo Rojas de que «sólo las ideas que defendemos son correctas» o la afirmación de Guillermo Rochabrún cuando sostiene que para mí «puede y debe haber una sola forma legítima de concebir y de practicar la sociología». Una actitud de esta índole me parece no sólo la expresión de una soberbia y de una petulancia intelectuales ajenas a la práctica científica sino, también, la traducción de una perspectiva cognoscitiva incompatible con el punto de vista defendido en mi exposición. En efecto, la consideración de una verdad absoluta, a la que sólo unos pocos elegidos tendrían acceso, se opone a la posibilidad del examen libre de los problemas donde el criterio determinante de la verdad o falsedad de una idea no sea la tiranía ni de los datos («la comprobación empírica como el único criterio de validez científica» como nos propone el sano positivismo de Telmo Rojas) ni de ningún tipo de autoridad. Por el contrario, considero necesario —en oposición a todo absolutismo epistemológico— arribar a una verdad «discursiva» o «argumentativa» producto del debate libre de coacciones al interior de una comunidad científica donde se imponga el mejor argumento³. En esta línea de pensamiento, en mi exposición, defiendo con firmeza mis convicciones sólo con el objeto de contribuir al indispensable debate sobre la sociología y los sociólogos y no para repartir premios o castigos críticos a los que se acerquen o alejen de mis puntos de vista.

Por eso me parece excesivo e injustificado el tono arrebatado con que Guillermo Rochabrún expresa sus críticas, arrogándose la prerrogativa de ser la última instancia del debate sociológico. No obstante estar de acuerdo con varias de sus apreciaciones, no me parece productiva la orientación general de sus planteamientos, pues a pesar de no quererlo termina perdiéndose en una obsesiva e infructuosa «criticabilidad exacerbada», cuyos peligros reconoce al inicio de su artículo y de la que lastimosamente no puede escapar. De allí su desmedido «ajuste de cuentas», más propio de las sectas que del debate intelectual. Pero

² Guillermo Rochabrún, *Socialidad e individualidad. Materiales para una Sociología*, Lima, PUC, 1993, p. 182.

³ En el sentido de la teoría discursiva o consensual de la verdad sostenida por J. Habermas. Sobre este tema véase su ensayo «Théories relatives a la vérité», en: J. Habermas, *Logique des sciences sociales et autres essais*, trad. fr. R. Rochlitz, París, PUF, 1987, pp. 275-328

antes de hacer un balance de los argumentos de Guillermo Rochabrún, me gustaría examinar dos líneas temáticas que se encuentran en el centro de las preocupaciones de mis críticos.

Sociología, profesión, ética

En primer lugar, se trata del problema de la relación entre lo académico y lo profesional en el ejercicio de la sociología. En los comentarios, el punto de vista dominante sostiene que la sociología para ser una disciplina respetada debe ser aplicada, esto es, convertirse en una ingeniería social. Telmo Rojas formula de manera tajante esta tesis: «la sociología devendrá en ciencia castrada si no se aplica y desarrolla como tecnología social». Rosario Giraldo establece la eficacia de la sociología en la medida en que es capaz de «ser útil en la resolución de los problemas sociales» que, en su perspectiva, abarcan: «la promoción social, diseño, implementación y evaluación de proyectos, políticas sociales, gobiernos locales o regionales, entre otros»; y, situada en este terreno tecnocrático, anatematiza a los sociólogos: estos, de no asumir el carácter aplicado de su disciplina se convertirían en «teóricos, puros, aséptico, de gabinete» o, también, paradójicamente, en «políticos». Para Gustavo Reyna y Ricardo Soto la naturaleza instrumental de la sociología se justifica porque «toda técnica es un medio a través del cual se objetivan las contribuciones de la ciencia». Un poco más sofisticada es la tesis de Guillermo Rochabrún, aunque su argumento coincide con los otros comentaristas. Sostiene que la sociología al convertirse en una disciplina autónoma se constituye en una carrera profesional, con lo cual se maniataría al sociólogo para dedicarse de manera prioritaria al trabajo intelectual. Si así fuese, ocurriría que el sociólogo —como le sucede a algunos animales que se mutilan espontáneamente al encontrarse en peligro— recurriría a una verdadera autotomía, automarginándose del análisis crítico.

En las ideas planteadas percibo una confusión entre la profesión, a la que se le atribuye un contenido técnico, práctico, éticamente neutro, sin ningún otro compromiso que no sea la competencia; y el trabajo académico, considerado como teórico, reflexivo, éticamente comprometido (véase la arbitraria distinción que establece Guillermo Rochabrún, en la nota 1, entre «intelectual» y «profesional»). Se trata, evidentemente, de una excesiva concesión al dominante buen sentido común para el que los «técnicos» son los únicos capaces de resolver todos los problemas, desdeñando a los «teóricos» y a los «políticos». Sin embargo, si miramos bien las cosas, en el centro del problema encontramos que está en juego la cuestión crucial de los fines y de los medios en el ejercicio de una determinada actividad, especializada o no. O bien se trata de una actividad eminentemente técnica, donde el profesional no tiene que interesarse por los fines de su acción sino únicamente por el éxito de los resultados (la «competencia» profesional señalada por Guillermo Rochabrún); o bien se trata de una actividad reflexiva donde al profesional le conciernen imperiosamente los fines

de su actividad y los valores que pueda realizar. En consecuencia, el carácter técnico o teórico-reflexivo de una profesión atañe básicamente a la naturaleza de la actividad, independientemente de la ética de las personas.

Así tenemos que si se define la función científica de la sociología por la producción de conocimientos sobre el mundo social, entonces la sociología se configura como un oficio intelectual. Al tener como fin la elucidación de la relaciones sociales, la sociología sólo puede operar poniendo en cuestión de manera radical los mecanismos de explotación y dominación que funcionan en la vida social. En consecuencia, la actividad de los sociólogos profesionales se constituye en un oficio eminentemente intelectual: poner en evidencia los mecanismos por los cuales las relaciones sociales se organizan, se reproducen y se transforman. Por el contrario, si se define el fin de la sociología como un conjunto de técnicas que permitan la manipulación del mundo social, se coloca la sociología al servicio del orden establecido. El sociólogo aparece, en este caso, como el «ingeniero social» capaz de ofrecer recetas para reforzar los mecanismos que aseguren la dominación y su legitimación. Si este fuera el caso, como viene ocurriendo de manera generalizada, el sociólogo no sólo ha renunciado a transformar el mundo, sino también a interpretarlo.

Señalar estas opuestas opciones que se le presentan al sociólogo no significa que esté «obsesionado por uniformizar la sociología». Antes bien, creo en la necesaria pluralidad de enfoques teóricos y en la búsqueda de puntos de contacto entre ellos, comunicándolos lógicamente, con el objetivo de lograr una comprensión racional de la vida social. Pero ello no significa que cerremos los ojos ante las consecuencias de la aceptación de una determinada opción para la ciencia, para la sociedad y para el propio sociólogo. Porque, finalmente, se trata de una elección y en toda elección es necesario reflexionar, evaluar las diferentes opciones y proceder de manera coherente. Todos tenemos que optar. Sólo planteo que esa elección sea hecha reflexivamente, esto es, con conocimiento de causa. Lo peor que nos puede ocurrir -no ya sólo como sociólogos sino como seres humanos, en esta época de conformismo generalizado- es sentarnos cómodamente en el balcón para esperar que se abran las cien flores de nuestro hermoso jardín sociológico.

Sociología crítica, investigación empírica, «empirismo abstracto»

En segundo lugar, la cuestión de la relación entre la sociología «teórica» y la sociología «empírica». La propuesta más clara la sostienen Gustavo Reyna y Ricardo Soto, quienes consideran que en mi planteamiento «el sociólogo debe ser una especie de filósofo social». También Guillermo Rochabrún nos enseña que la obra de los clásicos no se hubiese podido elaborar sin una ingente masa de materiales empíricos

(estadísticas oficiales, datos etnográficos, documentos de diversa índole). Evidentemente, pretenden atribuirme una concepción «teorista» de la teoría. Si este fuera el caso, la sociología únicamente sería capaz de llevar a cabo una reflexión especulativa sobre la vida social. Pero aquí aparece una clara confusión entre la investigación social empírica y el «empirismo abstracto» que sería bueno despejar.

En mi exposición he sostenido que la sociología es fundamentalmente una ciencia puesto que reúne todos los requisitos que la definen como tal: conceptos, métodos, procedimientos de verificación. En este sentido, hace mucho tiempo que se ha separado de la filosofía social, aunque todavía existen sociólogos y profanos que frecuentemente tienden a confundirlas. La sociología busca explicar las relaciones sociales, materiales e intersubjetivas, y para ello maneja datos, informaciones. Pero estos datos no están dados como elementos claros y distintos de la realidad. Es más bien el trabajo científico el que permite construirlos —ordenarlos, clasificarlos— según las necesidades de la teoría. En una perspectiva diametralmente opuesta se encuentra lo que de manera tan precisa C. Wright Mills denominó el «empirismo abstracto». En este estilo de investigación, los «datos» se constituyen en el principio y fin del trabajo científico; pues un «dato» observable empíricamente se ofrece con la pretensión de constituir una categoría teórica y a partir de allí explicar otros «datos». La utilización de datos empíricos no puede ser confundida, en consecuencia, con el chato «empirismo abstracto».

Quizás, por eso, no sea sorprendente la propuesta de Guillermo Rochabrún de establecer una división del trabajo al interior de la investigación sociológica entre «estudiantes y egresados jóvenes» e «investigadores y analistas más experimentados», donde los primeros realizarían el trabajo de campo y los segundos el trabajo teórico. Peor aún, este argumento es llevado todavía más lejos. Sugiere, además, otra división del trabajo, esta vez en las universidades: entre aquellas que realicen investigaciones para recoger «datos» —básicamente las universidades nacionales— y aquellas donde se realice el trabajo teórico, propiamente sociológico. Si siguiéramos este planteamiento, sólo lograríamos consolidar la actual situación de la investigación social donde predomina la fractura entre teoría e investigación empírica. Cuando el «dato» es concebido como una entidad con existencia propia, se convierte en el punto de partida de la investigación y el punto de llegada de la teoría. Por el contrario, creo que la investigación social fructífera es aquella en la que lo teórico y lo empírico se interpenetran formando una unidad.

Pero el problema no termina allí. Si se objeta mi propuesta de sociología no es tanto por su científicidad sino por su posición crítica. Quizás sea esto lo que molesta. Existen muchos sociólogos que trabajan por destruirla, no abiertamente sino de manera subrepticia, apoyando por todos los medios una «sociología» constructiva, práctica, capaz de hacerse respetable frente al poder. Pero, ciertamente, la sociología no sería científica si no pusiera en evidencia los problemas; si no develara las cosas ocultas; si no desencantara el mundo social; si no

se enfrentara a los intereses sociales dominantes. La crítica para ser eficaz debe ser científica, esto es, rigurosa. En este sentido, no existe ninguna oposición entre la sociología crítica y la investigación empírica; antes bien, la investigación es su base y soporte.

Sobre el «Ajuste de cuentas»

Finalmente, veamos cuánto de razón tiene el exaltado «ajuste de cuentas» de Guillermo Rochabrún con el cual quiere descalificar los fundamentos de mi propuesta para comprender los problemas de la sociología.

En primer lugar, ¿es cierto que existe una contradicción entre la sociología como actividad crítica y la sociología como actividad académica universitaria? Pienso que no; pues ella, en muchos casos, ha podido hacer buen uso de la autonomía académica de la universidad para producir conocimientos sobre las relaciones sociales que nadie le demandaba explícitamente, esto es, la verdad sobre el mundo social. Esta evidente constatación es soslayada, sin embargo, por Guillermo Rochabrún. Parecería desconocer que el Estado no es una cosa sino una relación social. Pues si lo examinamos desde este punto de vista, nos encontraremos cómo, de acuerdo a las relaciones de fuerza que se establezcan en cada periodo histórico, es posible determinar una mayor o una menor autonomía universitaria y, por ende, diversos niveles de libertad académica. En la actualidad, por ejemplo, el fenómeno del fujimorismo aparece como resultado de la derrota de las fuerzas políticas y sociales dominadas y del triunfo de una nueva coalición de poder. En estas condiciones, al régimen le ha sido relativamente fácil avasallar la autonomía universitaria e iniciar una política de conculcamiento de la libertad académica.

Merece subrayarse, además, la políticamente peligrosa relación que establece Guillermo Rochabrún entre San Marcos, la sociología y el «pensamiento subversivo». En las circunstancias actuales, esa relación es utilizada por los grupos más reaccionarios del país para tratar de limitar el libre debate académico en nuestra primera universidad. Evidentemente, nuestro crítico se refiere a la preocupación central en la sociología de San Marcos por desarrollar una teoría del cambio social. Sin embargo, el sentido común dominante —y no por casualidad— nos juega una mala pasada: confundir cualquier teoría de la transformación social con las prácticas del «senderismo» o con un anquilosado «marxismo-leninismo».

Otro es el problema de la producción académica de la sociología en San Marcos. La tajante afirmación de Guillermo Rochabrún sobre «[...] la esterilidad y del casi nulo impacto académico de la sociología de universidades como San Marcos, desde los años setenta en adelante» es una fórmula impactante pero que se ajusta muy poco a una realidad demasiado compleja. De un lado, no puede negarse que en la especialidad de sociología de San Marcos han enseñado y han estudiado

sociólogos que se encuentran entre los más calificados del país; que tienen una valiosa producción académica y que han generado esfuerzos importantes por comprender, desde diversas perspectivas teóricas y metodológicas, la sociedad peruana. De otro lado, tampoco puede desconocerse que han existido activos grupos políticos —que aglutinaron sectores significativos de estudiantes y profesores— que se consideraban ellos mismos dueños de la verdad sobre la sociedad peruana y sobre todo lo divino y lo humano; y que hicieron todo lo indecible para impedir el desarrollo de una sociología crítica. A esta estrategia marxista-leninista orientada a la destrucción de la universidad habría que agregarle el permanente desinterés del Estado por las universidades nacionales; abandono más vinculado a los requerimientos de la política fiscal que al desarrollo de un «pensamiento subversivo» como piensa Guillermo Rochabrún. Entonces, frente a estos hechos, tendríamos que preguntarnos, más bien, cómo fue posible que, en condiciones académicas tan poco favorables, un grupo de profesores y de estudiantes pudieran persistir en un trabajo sociológico productivo en la Universidad de San Marcos.

En segundo lugar, la cuestión de las relaciones entre la sociología y la modernidad. En mi exposición he intentado, quizás sin el éxito esperado, al menos por la interpretación de Guillermo Rochabrún, de señalar la oposición y la tensión en el «periodo moderno» de Europa Occidental entre dos principios fundadores: la autonomía individual y social, por un lado; y la expansión ilimitada de la racionalidad instrumental, por otro. La «razón», en cada caso, ha significado cosas muy diferentes. Para el capitalismo, una de las cristalizaciones de la racionalidad instrumental, esa razón expresaba la maximización de la ganancia a partir del criterio de la expansión sin límite del dominio racional de la naturaleza. Para los movimientos sociales que encarnaban el proyecto de autonomía, la razón denotaba, en palabras de C. Castoriadis, «la afirmación de la posibilidad y del derecho de los individuos y de la colectividad de encontrar ellos mismos (o de producir) los principios que ordenen sus vidas»⁴. En la base de los conflictos políticos, sociales, culturales del periodo moderno se encuentran, a no dudarlo, los enfrentamientos entre esos dos principios básicos de la modernidad. La sociología, como toda la creación intelectual y espiritual de la época moderna, ha estado atravesada, también, por esa oposición y esa tensión. Así, hemos tenido una sociología vinculada a la racionalidad instrumental que ve su traducción en una «ingeniería social» y una sociología vinculada a la emancipación de los seres humanos. A esos conflictos tampoco escaparon los clásicos del pensamiento social, tal el caso paradigmático de la obra de Marx, como se ha podido ver en la utilización que de ella hizo el leninismo y el stalinismo.

En tercer lugar, el problema del poder. Creo que a Guillermo Rochabrún se le escapa la idea de que el poder es también una relación social. En su crítica me atribuye arbitrariamente una concepción del

⁴ Cornelius Castoriadis, *Le Monde Morcelé. Les carrefours du labyrinthe III*, Paris, Editions du Seuil, 1990, p. 18.

poder como concepto histórico-metafísico —«demiurgo de la sociedad»— cuando explícitamente señalo que es la praxis humana la fuente de la vida social, incluyendo el poder. Ahora bien, esas relaciones sociales se estructuran como relaciones de poder en las sociedades donde unos grupos dominan a otros. En esas sociedades organizadas en torno al poder, el estudio de las relaciones sociales exige poner en evidencia, en primer lugar, ese fenómeno oculto, que no es visible para el sentido común. Sacar a luz las relaciones de dominación, examinar los mecanismos mediante los cuales se ejerce el poder y se controla la vida social no creo que defina una «concepción conspiracionista de la sociedad». Con la racionalización de la vida social, en la sociedad moderna se racionaliza el ejercicio del poder político. Este no aparece «cínico» sino con una clara preocupación por la eficacia. ¿Cuál es la forma más eficiente de ejercer el poder? ¿Cuáles son las líneas de menor resistencia? Más allá de los buenos deseos de Guillermo Rochabrún, la política de la época moderna aparece desembozadamente maquiavélica y regida por la ética de la responsabilidad como señalaba Weber. Nos guste o no nos guste, el problema sociológico fundamental sigue siendo, en consecuencia, el examen de cómo se distribuye el poder en la sociedad. Y la sociología no puede dejarlo de lado a menos que renuncie a la tarea que le es propia: conocer la vida social.

En cuarto lugar, la función de la sociología. Nada más alejado de mi exposición que la imagen de una misión mesiánica para la sociología. Una sociología que merezca ser llamada tal tiene necesariamente que romper con el proyecto profético de la filosofía social y sus preocupaciones por las cuestiones últimas tales como el sentido de la historia o del progreso y buscar convertir los «problemas de la vida o de la muerte» de la filosofía en cuestiones que puedan ser tratadas científicamente. Y al cumplir sus funciones propiamente científicas cumple su misión. No se trata de servir a alguien o a algo. Su función científica es la elucidación de las relaciones sociales, tanto en sus aspectos materiales como intersubjetivos. Si logra hacerlo, creo que cumplirá con una función social fundamental; porque la eficacia del poder se debe en gran medida al desconocimiento de los mecanismos que posibilitan su ejercicio. En este sentido, la función de la sociología que he intentando exponer en mi conferencia se refiere fundamentalmente a la diseminación, a la divulgación, de un modo de razonar los problemas sociales antes que la de dar recetas que le digan a los individuos lo que tengan que pensar o hacer. En mi propuesta no existe ningún mesianismo sociológico vanguardista y, por ende, político; me atengo, más bien, a la necesidad de lograr que sean los propios interesados los que decidan de manera libre y autónoma sus formas de organización social. Por eso me parece tan riesgoso pensar en un discurso sociológico que pueda decirle a «la gente cómo entender y manejar sus vidas». A lo más, la sociología les servirá para asumir una mirada, una forma de pensar, capaz dar cuenta de las relaciones sociales en las que están involucrados, a partir de lo cual puedan debatir y decidir qué hacer con ellas.